

«temeraria y absolutamente inasequible en su totalidad». ¹² Temeraria por lo dificultosa y porque quien la emprende «puede estar seguro de que en caso de conseguir algo valioso no recogerá en cambio de sus descubrimientos, por útiles que sean, otro fruto que insultos, y esto por la sola razón de haber sido su primer inventor». ¹³ Sydenham se sabe conducido por la propia naturaleza al estudio de «sendas poco o nada trilladas», ¹⁴ razón por la cual no cree que nadie pueda echarle en cara el haberse atendido «más a mis propios juicios que a los de los demás, o el que me haya dedicado a estudios nuevos». ¹⁵ Con anterioridad se había dedicado al estudio de «los libros de los médicos especulativos», ¹⁶ pero éstos, dice, «dejaban poco satisfecho a mi ánimo cuando por primera vez me ocupé de este asunto, pues veía que en realidad las sutilezas de tales autores servían tan poco para devolver la salud, que los que a ellas recurrían, y por mucho que prometieran los jactanciosos dogmáticos, no lograban más que si, prescindiendo de toda medicina, se hubieran abandonado por completo a la naturaleza». ¹⁷

Quiero finalizar este breve análisis de la obra de Sydenham llamando la atención sobre un aspecto desatendido de su pensamiento y que a mi entender tiene una repercusión grande en la posteridad. Me refiero a su talante ético puritano. Sydenham hace profesión continua de moral puritana. Las líneas finales de la obra dicen así: «Si yo he contribuído algo con este trabajo a disminuir el peligro y la dificultad de que muchas veces está rodeado el tratamiento de las fiebres, como sin faltar a la modestia creo poder asegurar, habré conseguido mi objeto y recogido la más grata recompensa del ímprobo trabajo que me he tomado con el honesto fin de proporcionar el bien del prójimo». ¹⁸ Todos los motivos fundamentales de la moral puritana están presentes en este breve texto: la concepción de la vida como trabajo continuo en pos de un fin honesto, la conciencia del premio a la vida honesta aún en este mundo, la seguridad del éxito, etc. Analicemos brevemente algunas de esas notas.

La moral sydenhamiana es, en tanto que moral calvinista y burguesa, una moral del trabajo. El lo dice continuamente. He aquí una declaración explícita: «Ahí tienes, lector, todo lo que tenía que decir de las viruelas, que aunque quizá alguno, siguiendo la costumbre de la época, tenga por cosa pequeña, yo, sin embargo, sé que no lo he alcanzado sin emplear gran trabajo, cuidado y aplicación por espacio de muchos años seguidos; y no lo publicaría si no superase la caridad para con el prójimo y el deseo de hacer bien a otros hasta el precio de mi propia reputación que tengo seguridad de que ha de salir perjudicada por la novedad del asunto». ¹⁹

La moral sydenhamiana es, además, una moral optimista, que confía en Dios y en la naturaleza, que confía en el éxito del esfuerzo. Esta es la razón de la actitud muy

¹² *Ibíd.*, p. 277.

¹³ *Ibíd.*, p. 277.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 432.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 432.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 432.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 433.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 433.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 363.

poco intervencionista de Sydenham en las fiebres, a diferencia de lo que era común en la práctica cotidiana. Para Sydenham la fiebre es una defensa natural del organismo y no una realidad preternatural; en consecuencia, rechaza todo tipo de tratamiento agresivo y toma una actitud expectante. Para las personas de mentalidad clásica, ese modo de proceder de Sydenham aparece como «impío» (supone negar el carácter preternatural de las fiebres) e «inmoral» (pues arriesga la vida del enfermo). Para Sydenham, por el contrario, la actitud impía e inmoral es la clásica. «No me avergüenzo de confesar que más de una vez en la curación de las fiebres, cuando no sabía todavía qué era lo que debía hacer, ha probado perfectísimamente al enfermo y a mi propia reputación el no hacer absolutamente nada, pues en tanto que observaba la enfermedad para poder atacarla más oportunamente, o se disipaba espontáneamente la fiebre poco a poco, o se transformaba, presentando un aspecto tal que me eran ya conocidos los medios con que debía combatirla. Pero... ¡cosa en alto grado sensible! la mayor parte de los enfermos que no saben bastante que es tan propio de un médico perito no hacer nada en ocasiones como el aplicar en otras remedios enérgicos, no quieren recoger este fruto de honradez y buena fe, sino que achacan esto a descuido e ignorancia, sin reparar en que el empírico más ignorante sabe acumular medicamentos sobre medicamentos, lo mismo que el más prudente médico, y aún suele hacerlo más a menudo que éste.»²⁰ Este no intervencionismo, este optimismo confiado en la fuerza de la naturaleza, esta seguridad en el éxito dio lugar a encendidas polémicas pocos años después, cuando los seguidores de Sydenham quisieron normalizar sus pautas terapéuticas. Sus puntos de vista parecían a muchos no sólo arriesgados y gratuitos, sino también inmorales.

El optimismo y la confianza se extienden a la vida ultraterrena. Sydenham, como buen y piadoso calvinista, se sabe elegido y tiene confianza plena en la recompensa final. He aquí un texto antológico: «Si el lector advierte que he sufrido alguna equivocación con relación a la teoría, le suplico me perdone; mas por lo que hace a la práctica, aseguro que todo lo que dije es verdad, y que nada hasta aquí he expuesto que no haya tenido bien comprobado. Confío en que al llegar el último día de mi vida no ha de faltar a mi conciencia el gozoso testimonio, no sólo de haber procurado con gran fe y diligencia la salud de todos los enfermos de cualquier condición que se hayan encomendado a mi cuidado (de los que ninguno ha sido por mí tratado de otro modo que como hubiera deseado serlo yo, si hubiera enfermado de las mismas dolencias), sino también de haber empleado, en cuanto he sido capaz de ello, todas mis fuerzas para que, a ser posible, se haga con más acierto después de mi muerte la curación de las enfermedades, convencido de que el más pequeño adelanto en semejante ciencia, aunque nada de más entidad enseñe que la curación de la odontalgia o de los callos que nacen en los pies, es muchísimo más apreciable que el vano aparato de sutiles especulaciones, y el conocimiento de cosas hipotéticas, que quizá no aprovechan al médico, para combatir las enfermedades, más que al arquitecto, para construir casas, el ser un hábil músico».²¹

²⁰ *Ibíd.*, pp. 384-5.

²¹ *Ibíd.*, p. 206.

III. El orden clínico

Una vez analizado el nacimiento de la «Medicina clínica» es preciso que prestemos atención al curso de la literatura clínica, es decir, a los tratados que tienen por objeto desarrollar el método de la medicina clínica. Nos interesa ver en ellos cómo se va constituyendo el «orden clínico», el sistema normativo de la práctica médica moderna. El género literario que vamos a someter a examen suele calificarse en las historias de la medicina de deontológico. Es preciso ver por qué, y en qué sentido la clínica se convierte en un sistema normativo y político.

De nuevo hay que establecer una clara distinción entre lo que sucede antes y después del siglo XVII. A todo lo largo de la literatura médica clásica es posible encontrar una dicotomía muy acentuada entre los escritos «médicos», de carácter «descriptivo», y los escritos «clínicos», que tienden a ser «parenéticos» y «prescriptivos». Los primeros tienen por objeto la descripción del «ser» de la salud y la enfermedad, en tanto que los segundos exhortan al «deber ser» de la práctica con el paciente. Utilizando la célebre distinción neokantiana, habría que decir que la literatura médica clásica tenía un carácter básicamente «idiográfico», en tanto que la literatura clínica tendía a ser «nomotética». Piénsese, si no, en la serie que forman los tratados hipocráticos *Sobre la decencia* y *Sobre el médico*, los salernitanos *Quomodo visitare debes infirmum*, *De adventu medici ad aegrotum* y *De instructione medici secundum Archimataeum*, así como los opúsculos de Arnau de Vilanova, *De cautelis medicorum* (también denominado *De circumspectione medici*) y *Conditiones boni medici secundum Arnaldum de Villanova*. Todos estos trataditos son generalmente calificados como deontológicos o morales porque no se ocupan de los aspectos científicos u ontológicos de la medicina sino de los morales o deontológicos de la clínica. En la medicina antigua los tratados de clínica, privados a priori de la capacidad de ser científicos, tienden con muchísima frecuencia a hacerse morales.

A partir del siglo XVII las cosas suceden de otro modo. La clínica ha iniciado ya su proceso de constitución como saber científico; más aún, ha ido poco a poco logrando un lugar cada vez más privilegiado en el interior de la medicina, hasta convertirse en el núcleo firme de ella. La medicina se hace, por fin, medicina clínica. Los tratados clínicos ya no tienen por qué ser proclives al moralismo ante la imposibilidad de atenerse a las pautas científicas. Y sin embargo siguen abundando los textos clínicos de carácter deontológico. ¿A qué se debe esto? A que convertida en el centro de la medicina, la clínica empieza a tener una enorme importancia política, en cuanto capaz de normativizar, regular y vigilar las conductas de los hombres. La clínica se convierte en la gran disciplina normativa de las conductas humanas, junto con la religión y el derecho. Ahora bien, la moral es precisamente la ciencia de las normas. En consecuencia, la clínica se ve directamente convertida en cuestión moral. Hasta el siglo XVII la medicina fue una disciplina política, pero no directamente la clínica, por las razones apuntadas. A partir de entonces, por el contrario, la clínica se convierte en el centro de la política médica, de forma que se constituye en una de las instancias más potentes en la fijación de las normas disciplinantes de la vida civil de los hombres y de las colectividades. En los tratados de clínica se establece con precisión el nuevo «orden médico»,